

LOS BANDIDOS DE RÍO FRÍO DE MANUEL PAYNO: LA UTOPIA DEL ROBO

Margo Glantz

Facultad de Filosofía y Letras, UNAM. México

Miembro de número de la Academia Mexicana de la Lengua

margo glantz@yahoo.com

Payno y su época

Manuel Payno pasó a la historia por haber escrito una de las novelas mexicanas más importantes del siglo XIX, *Los bandidos de Río Frío*, texto sorprendentemente vigente hoy y poco conocido fuera de México. Pareciera que los sucesos allí relatados hubiesen sido sacados de la prensa cotidiana actual, y no de la prensa contemporánea a la cronología de su novela (más o menos situada entre los años de 1830 a 1836), por su sordidez, su escandalosa violencia, el estentóreo manejo que de ellas se hace, y sobre todo por la inepta soberbia con que los que gobiernan precipitan al país en la ruina. La novela habla, como su título lo indica, del bandidaje, los secuestros, la inseguridad en los caminos, la ineficacia de los transportes, los asaltos a mano armada, el contrabando, y sobre todo de la corrupción que penetra hasta las estructuras más profundas de la administración pública. México, país de folletín, como bien dice Carlos Monsiváis.

Pero los que ahora leemos a Payno olvidamos que no fue sólo un importante novelista del siglo antepasado, sino una muy importante figura política y un extraordinario economista que logró ordenar,

Manuel Payno pasó a la historia por haber escrito una de las novelas mexicanas más importantes del siglo XIX, *Los bandidos de Río Frío*, mal conocida fuera de México. Pareciera que los sucesos allí relatados y la cronología de la novela (¿1830 a 1836?) fuesen contemporáneos, y no del siglo XIX, por su sordidez, su escandalosa violencia, el estentóreo manejo que de ellos se hace, y sobre todo por la inepta soberbia con que los que gobiernan precipitan al país en la ruina. La novela habla, como su título lo indica, del bandidaje, los secuestros, la inseguridad en los caminos, la ineficacia de los transportes, los asaltos a mano armada, el contrabando, y sobre todo de la corrupción que penetra hasta las estructuras más profundas de la administración pública.

Recibido: 9 de abril de 2008
Aceptado: 11 de junio de 2008

durante sus breves gestiones como Ministro de Hacienda, las finanzas internas y reducir la deuda externa. Basten algunos ejemplos bastante dramáticos, los enumero:

Las aduanas era el principal ingreso del Estado, ingreso mermado casi íntegramente por la corrupción y el contrabando. Para subsanar estos problemas los sucesivos gobiernos anteriores a la Guerra de Reforma y a la Intervención extranjera solían endeudarse de manera escandalosa; doy un solo ejemplo: de un préstamo de 50.000 pesos (de entonces) hecho por un extranjero residente en México, el gobierno recibe 12.600 y se compromete a pagar el total a un interés altísimo. La deuda, obviamente, se acumula y, ante la imposibilidad de recabar el dinero que debería haber entrado como producto de las aduanas, Payno se ve obligado a recurrir a la indemnización que el gobierno norteamericano le entregó a México después de la Intervención norteamericana. Cuando después viaja a Inglaterra para negociar de nuevo esa deuda, la situación es idéntica. La deuda externa se pagaba con el dinero que el país había recibido de los Estados Unidos a cambio de la mitad de su territorio, y si la deuda no era pagada el país era invadido o intervenido por las potencias extranjeras. ¿Pura coincidencia con la situación actual?

Los bandidos de Río Frío fue publicada por entregas en España entre 1888 y 1891 bajo el pseudónimo de “Un ingenio de la Corte”. Al final de su vida Payno residió en el extranjero: primero, en París como agente de colonización del presidente Manuel González (1882-1885); luego, como cónsul interino en Santander (1886-1889), y final-

Palabras clave: Manuel Payno, violencia, novelas con bandidos, novela popular.

Manuel Payno's Bandidos de Río Frío: the Utopia of Theft

Manuel Payno entered history after writing one of the most important novels of Nineteenth-century Mexico, *Los bandidos de Río Frío*, a text little-known outside of its country of origin. The events recounted in the novel seem contemporary, given their sordidness, scandalous violence, the stentorian way in which they are used, and above all for the inept arrogance of the country's ruling class and its role in the country's ruin. As its title indicates, the novel speaks of banditry, kidnappings, crime on travel routes, the inefficiency of transportation, armed robberies, as well as smuggling, and, above all, the corruption that reaches deep into the structures of public administration.

Key words: Manuel Payno, Violence, Bandit Novel, Popular Novel.

mente, con el cargo de cónsul general en España, con sede en Barcelona (1889-1892), durante el régimen del general Porfirio Díaz. El investigador francés Robert Duclas (1979) dedicó varios años de su estancia en México para armar la biografía de Payno, y entre sus múltiples hallazgos probó que el novelista no había nacido en 1810, como siempre se había afirmado, sino en 1820, fecha que nos demuestra que muchos de los acontecimientos relatados y los personajes retratados con tanto rigor, penetración y sabiduría en su novela, los conoció cuando era apenas un adolescente, aunque las circunstancias extraordinarias por las que pasaba la nueva república obligaba a sus dirigentes, como en casi todos los países de América Latina, a iniciarse en la vida política desde muy jóvenes. A los diecinueve años Payno ingresa a la aduana de la ciudad de México y poco después viaja al norte del país, a Matamoros, a trabajar en la aduana marítima, bajo las órdenes de Don Manuel Piña y Cuevas, para iniciarse en este tipo de negocios, en que su padre lo había precedido y que él perfeccionó, como lo demuestran sus escritos sobre economía y su breve aunque brillante actuación como secretario de Hacienda. José Emilio Pacheco aclaraba en 1985, en su columna "Inventario":

El más hábil folletinista de México fue también el genial financiero que (un siglo antes de que hubiera escuelas de economía) logró, cuando el país estaba deshecho a raíz de la intervención norteamericana y sus incalculables pérdidas territoriales, que nuestros acreedores de Londres redujeran el interés del 5% al 3%, el pago de intereses y dividendos se hiciera aquí y los réditos insolutos se rebajaran de diez a tres millones de pesos (Pacheco: 1985).

Payno continúa su carrera y sus viajes por el país y en 1842 es nombrado administrador de rentas del estanco de tabaco en Fresnillo, mientras el escritor Guillermo Prieto, su gran amigo, ocupaba el cargo de visitador de tabacos en Zacatecas; el tabaco, cultivo muy codiciado, cuya distribución estuvo muchas veces fuera de la ley, como bien se demuestra en *Astucia, o los hermanos contrabandistas de la rama* de Luis G. Inclán, otra de las grandes novelas mexicanas del siglo XIX, cultivo que, sería útil subrayar, Payno ayudó a liberar en 1848, medida que trajo como consecuencia un desarrollo importante de la producción nacional de tabaco y la desaparición del contrabando. Payno sigue via-

jando por su país y por el extranjero. En 1845 va a los Estados Unidos, durante el gobierno del dictador Antonio López de Santa Anna, para estudiar el sistema penitenciario en Nueva York y Filadelfia con una comisión del secretario de Instrucción Pública. Participa en la defensa de México durante la intervención norteamericana y es coautor, con Ignacio Ramírez y Guillermo Prieto, entre otros, de los *Apuntes para la historia de la guerra con los Estados Unidos* (1848). Más tarde, también como obra colectiva, escribe una sección de *El libro rojo* (1870), con Vicente Riva Palacio, Juan A. Mateos y Rafael Martínez de la Torre. Desde muy joven destacó como periodista, colabora a partir de 1841 en el periódico *El siglo XIX*, y allí publica muchos de sus artículos de costumbres. En la *Revista Científica y Literaria* hizo las entregas de su primera novela de folletín, *El Fistol del diablo* (1845-1846), texto que dejó inconcluso y retomó en 1859. En 1861 publica *El hombre de la situación. Novela de costumbres*, texto que ahora empieza a examinarse y reeditarse; escribió además numerosos cuentos, varios de los cuales publicaría en *Tardes nubladas. Colección de novelas* (1871). Durante la primera mitad del siglo XIX se incorporó al ejército y obtuvo el grado de teniente coronel, se hizo cargo de varios puestos políticos y administrativos, pero su participación en el golpe de estado del General Ignacio Comonfort contra la constitución liberal de 1857, su oposición a la desamortización de los bienes del clero, su apoyo al Plan de Guadalupe del político conservador Félix Zuloaga, y más tarde, durante la intervención francesa, su colaboración con el Imperio de Maximiliano, lo alejan del partido liberal e interrumpen su brillante carrera política a partir de los gobiernos de Juárez y Lerdo de Tejada. A la caída del Imperio, o mejor, después de la restauración de la República en 1867, incrementa su actividad de educador y se convierte en profesor de la preparatoria, es electo varias veces diputado, y, como ya se ha señalado, durante la dictadura de Porfirio Díaz, de 1882 a 1893, es enviado al extranjero con puestos diplomáticos.

A lo largo de su vida escribió y publicó numerosos textos en muy diversas disciplinas: ensayos políticos, económicos, educativos, históricos. Pasó un tiempo en prisión y estuvo a punto de ser ejecutado: el escritor liberal Manuel Ignacio Altamirano, autor de varias novelas publicadas después de restaurarse la República en 1867 (*Clemencia, El zarco, Navidad en la montañas*), pronunció el 2 de julio de 1861 un exaltado discurso en el Congreso; allí pedía su cabeza:

Se nos quiere aquí conmover con la perspectiva de las desgracias que han sobrevenido a este hombre y ¿no hemos presenciado y estamos presenciando los efectos de su crimen? ¿Cómo se pretende que pese más en la balanza de nuestra conciencia ese siniestro consejero del infame Comonfort, que la dignidad de la república ultrajada por él?

¿Payno es culpable?, sin duda. ¿Por qué? Porque ayudó a don Ignacio Comonfort a dar el golpe de estado; es decir, a violar las instituciones y traicionar a la república en diciembre de 1857. ¿Ha confesado su crimen? Aquí está su libro, y ahí está su confesión. ¿Qué nos falta pues? Declararlo culpable. Eso es obvio y no lo harán sólo los que, teniendo ojos no vean, teniendo oídos no oigan; o mejor dicho, teniendo alma no tengan valor, teniendo patria no tengan patriotismo. Y después, ¿qué falta todavía? Lo que ha faltado siempre, lo que falta aún hoy, lo que preveo con indignación que seguirá faltando, el rigor para castigar. Y lo temo porque semejante conducta acabará por hundirnos; porque en casos como éstos, perdonar es suicidarse, es hacer la apoteosis del criminal en vez de condenarlo a la ignominia....

Castiguemos a Payno y en vez de arrojar a los pies de Comonfort las flores de la adulación y las llaves de la república, arrojémosle la cabeza de su cómplice (cit. en Nicole Giron, "Las incertidumbres del liberalismo", en Glantz: 1997, 149).

Para nuestra suerte, la amnistía de 1862 lo liberó. A pesar de estas violentas y quizá justas acusaciones de Altamirano, su labor como educador, economista, periodista, diplomático, jurista y escritor fue muy notable, aunque ahora, insisto, se le reconozca de manera primordial por haber sido el autor de una de las novelas más significativas del siglo XIX mexicano. Duclas piensa que Payno regresó a México a mediados de 1893, donde fue electo senador y luego presidente del senado. Murió el 4 de noviembre de 1894: su muerte pasó casi inadvertida.

La novela

En su novela, Payno recrea el pasado, reconstruye una sociedad que, en apariencia, ha desaparecido casi totalmente cuando la describe, recrea la etapa

de la anarquía con su trasfondo indisoluble de huérfanos y bandidos, y al hacerlo, demuestra que, en resumidas cuentas, las cosas en México no han cambiado. Para armar la trama de su inmenso texto épico, pone en escena a un huérfano, un huérfano peculiar, representa al niño expósito, Juan Robreño. El periplo de Juan por la ciudad de México y luego por el entonces inmenso territorio nacional, su breve pertenencia sucesiva a cada una de las clases sociales y oficios de ese México situado entre la Colonia y la República, su inserción en un tipo racial específico —hijo de una criolla y de un mestizo— le permiten ser el protagonista de un mito de origen, el de una nueva conciencia gestada penosamente a partir de 1821. Sin ese personaje, sin el esbozo de su figura, Payno hubiese sido incapaz de montar su mundo novelesco como una épica nacional. En el título mismo de la novela se hace referencia a los bandidos, y como bien lo advertimos al ir leyéndola, este tipo de hombres cuya ¿profesión? es ambigua se apoya de manera estructural en un fenómeno de desclasamiento aún más periférico y sin embargo medular, el que produce la orfandad. México, un país donde las estructuras de bandidaje demuestran ser indestructibles porque se apoyan en una carencia de origen que fatalmente, en aparente círculo vicioso, engendra el bandidaje.

Antes de entrar en materia, creo pertinente subrayar que su conocimiento de las instituciones eclesiásticas, jurídicas y educativas, la tenencia de la tierra y el intrincado sistema de las corporaciones religiosas en México le otorgan a la narrativa folletinesca de Payno un fundamento profundo y sólido y sitúan con autoridad histórica varias de las aventuras que viven sus personajes. En varios episodios de la novela se pasa revista a los problemas de la propiedad feudal de quienes habían heredado su riqueza desde los tiempos de la Colonia, se menciona la presencia, aún vigente, durante las primeras décadas del México independiente, de los Juzgados de Capellanías, institución eclesiástica de raigambre, por ejemplo en el caso concreto de las leyes que regían las propiedades del Conde de Sauz y la capacidad que tenían sus abogados para enajenar los bienes del marqués de Valle Alegre por deudas, así como de mantener en litigio, desde la época de la conquista, la herencia de los descendientes de Moctezuma II y, en la novela, específicamente el inmenso legado que parecería pertenecerle a Moctezuma III¹. Puede comprobarse asimismo la fidelidad histórica con que se analiza el aparato jurídico de la época, un sistema que sanciona los peores excesos a los que nos tiene acostumbrados la novela de fo-

lletín: la utilización de las leyes para favorecer las fechorías de los tutores y los abogados y los consiguientes cambios de fortuna de quienes están encomendados a su tutela; por ejemplo, en *El fistol del diablo*, el penoso futuro de las mujeres cuyo destino es perder su dote entregada a maridos irresponsables o a malhechores. O en *Los bandidos*, el caso de doña Severa, rica heredera y esposa de Relumbrón, cuyos malos manejos la hunden en la ruina. En suma, podríamos decir que este tipo de folletín pertenece a la literatura realista, o quizá naturalista, como tímidamente nos sugiere el propio Payno en el prólogo de la novela: la sociedad que produce este género literario favorece los excesos que aderezan sus escenas melodramáticas más extremas.

La temporalidad histórica de la novela abarca acontecimientos ocurridos durante el período de la anarquía, mejor conocida en México como el santanismo, época en que Santa Anna ocupó y desocupó muchas veces y de manera intermitente la presidencia de la joven república mexicana. Durante su reinado, el país sufrió varias intervenciones extranjeras, entre ellas, en 1838, la francesa, conocida como la Guerra de los Pasteles, reclamaciones que Francia hizo desde su armada anclada en Veracruz por una deuda de repostería, guerra en la que el dictador perdió una pierna, enterrada luego con gran pompa, y origen de su pseudónimo, “el Quince Uñas”, título asimismo de una novela de Leopoldo Zamora Plowes. De consecuencias más trágicas fue la derrota que sufrió el dictador en la guerra emprendida contra Texas cuyo costo fue la pérdida de una gran parte del territorio nacional: Santa Anna, de triste renombre, al frente de sus tropas rechazó sin éxito la invasión norteamericana de 1847, su actuación en esa guerra fue ampliamente analizada por sus contemporáneos, en los ya mencionados *Apuntes para la historia de la guerra con los Estados Unidos*, en *Memorias de mis tiempos* de Guillermo Prieto y en la segunda edición de *El fistol del diablo* de Payno, novela reescrita entre 1858 y 1859. Santa Anna, uno de los modelos históricos en que se inspirara don Ramón del Valle Inclán para escribir su *Tirano Banderas*.

En su novela más famosa, Payno ha hecho coincidir diversos sucesos de épocas anteriores o posteriores al período que abarca la narración. Según las deducciones de Duclas, la acción de la novela transcurriría entre 1820 y 1839. 1820 sería el año en que Juan Robreño empieza su periplo como niño expósito, el mismo periodo en que, de manera casi sobrenatural, se prolonga el embarazo de Doña Pascuala, de cuya suerte depende la existencia misma del

expósito, personaje indispensable del folletín. Y 1839, año de la ejecución del coronel Juan Yáñez, marcaría el final de la novela. Nunca se habla en ella ni de la Guerra de Texas (1836) ni de la Intervención norteamericana (1847); en cambio, se mencionan varias guerras intestinas, epidemias, ferias, invasiones de indios apaches, y multitud de cosas más, algunas revisadas en pasquines, uno de los géneros en boga caricaturizados en el texto, utilizado además para reafirmar la estructura del folletín: el primer capítulo de la novela se escribe siguiendo ese modelo, perfectamente idóneo para hacer circular el rumor y propagar las calumnias. El personaje en quien se inspiró la narración, el coronel Juan Yáñez, es conocido en el texto sólo por su apodo de Relumbrón, y su ejecución, junto con varios de sus cómplices, fue tristemente célebre en México. En las memorias de la marquesa Calderón de la Barca se describe la siguiente escena:

Hablando de ladrones y robos, tema inagotable en la conversación, me contaba el otro día el Señor ... que en tiempo del presidente anterior, cierto caballero fue a palacio para despedirse antes de salir para Veracruz. Fue recibido por el presidente, que se encontraba solo con su ayudante el coronel Yáñez y le contó confiadamente que iba a llevar consigo una considerable suma de dinero, pero que estaba tan bien escondida en el doble fondo de un baúl, del cual le hizo una descripción, que aun en el caso de ser atacado por los ladrones era imposible que pudieran descubrirla, y que, en consecuencia, no creía necesario hacerse acompañar de una escolta. Este confiado caballero salió de México al día siguiente con la diligencia. Apenas había salido de la garita el carruaje, cuando fue asaltado por los ladrones, los que, por extraño que ello parezca, se fueron en derechura del mismo baúl que contenía el dinero, lo abrieron, rompieron el fondo y apoderándose de la suma allí escondida, se marcharon con toda tranquilidad. Fue una singular coincidencia de que el principal de los ladrones, aunque medio cubierto con un disfraz, tuviera un sorprendente parecido con el ayudante del presidente. Si esto no son coincidencias... (en De Castro y Alvarado, 1987: V).

No es oro todo lo que relumbra

Aunque en el prólogo se nos avise de inmediato que la causa instruida en contra de Yáñez da origen a la novela, en ella se entretienen además múltiples historias y el famoso Relumbrón brilla por su ausencia hasta la segunda mitad del texto. Por ella han deambulado numerosos personajes, y de manera principal el ya mencionado Juan Robreño, vástago ilegítimo de una condesita y el hijo de un administrador de hacienda, cuya aparición en la novela desata la trama y provoca el parto súbito de doña Pascuala, la protectora de Moctezuma III, a su vez protegido por un pícaro licenciado o tinterillo conocido en la novela como Crisanto Lamparilla². Las aventuras de Juan Robreño nos permiten explorar uno a uno los lugares más importantes de la ciudad de México y pasar revista a todas las clases sociales e instituciones nacionales, entender el destino de las antiguas castas y de los indios, visitar las iglesias y las casas más acaudaladas, bajar hasta los basureros, circular por los mercados, los canales, las acequias, las guaridas de malhechores, las madrigueras habitadas principalmente por los indígenas, cenar en fondas deleznales o en las mansiones acaudaladas, frecuentar los teatros y escuchar embelesados a los cantantes de ópera, jugar al tresillo en las garitas o en los salones, bailar en las mansiones más aristocráticas de la capital, malvivir y malcomer en un orfanatorio, ir a los entierros, entrar a las pulquerías, las cárceles, los juzgados, participar y mercar en las ferias, leer libelos, asistir a juicios espurios, ser miembro de un ejército precario, promover pronunciamientos, morir súbitamente en una epidemia de peste bubónica, presenciar asesinatos y robos a mano armada en las carreteras más frecuentadas del país. Entre esos personajes y en algunos de esos lugares podremos trabar conocimiento con Evaristo el tornero, maestro del huérfano Juan y asesino de su esposa Tules, ahijada de Mariana, la madre del niño expósito y protectora del aprendiz. También hemos conocido a la guapa y decidida Casilda, primera amante de Evaristo, y a la simpática y sensual verdulera Cecilia que trae sus frutas y verduras desde el lago de Chalco a bordo de sus trajineras, y más tarde, esposa del Licenciado Lamparilla. Otro personaje importante sería el licenciado Don Pedro Martín de Olañeta, garbanzo de a libra, como vulgarmente se dice cuando alguien es extremadamente valioso y, además y por ello mismo, extraño: con esta expresión se califica también una piedra preciosa de tamaño excepcional y de magnífico pulido y oriente.

Olañeta es, cosa extraña en el medio en que se mueve, un abogado honrado a carta cabal y el componedor más avisado de cualquier entuerto. Las ocupaciones rurales de varios personajes, la aparición de algunos miembros de la iglesia, curiosamente menos abundantes en el texto que otros estamentos de la vida nacional, y la actividad militar desplegada en la novela nos permiten recorrer varias regiones y conocer las costumbres de la aún enorme república mexicana. Y ya transcurridas cerca de 400 interminables páginas, para ser exactos en la página 454 de la clásica edición de Porrúa, trabamos por fin conocimiento con nuestro héroe, el coronel Yáñez, alias Relumbrón, a quien yo a mi vez introduzco con estas palabras de su creador, por si no nos bastase la muy elocuente e irónica presentación de doña Francis Calderón de la Barca:

El jefe del estado mayor presidencial, con quien comenzaremos a hacer conocimiento, era un hombre de más de cuarenta años, con canas en la cabeza, patillas y bigote que se teñía; ojos claros e inteligentes; tez fresca, que refrescaba más con escogidos coloretos que, así como la tinta de los cabellos, le venían directamente de Europa; sonrisa insinuante y constante con sus labios gruesos y rojos, que enrojecía más con una pastilla de pomada, maneras desembarazadas y francas, cuerpo derecho, bien formado. Era, en una palabra, un hombre simpático y buen mozo, aún sin necesidad de los afeites. Vestía con un exagerado lujo, pero sin gusto ni corrección; colores de los vestidos, lienzo de las camisas, piel de las botas, todo finísimo, pero exagerado, especialmente en las alhajas, botones y prendedores de gruesos diamantes que valían tres o cuatro mil pesos; cadenas de oro macizo, del modelo de las de la Catedral, relojes gruesos de Toskell, botones de chaleco de rubíes; además, lentes con otras cadenas más delgadas, en fin, cuanto podía poner de piedras finas y de perlas, permitiéralo o no la moda, tanto así se ponía. Era notable su colección de bastones con puño de esmeralda, de topacio o de zafir; era la admiración y la envidia aún de los generales cuya fortuna permitía rivalizar con él... (Payno: 1991)³.

Casi sin excepción los que nacieron huérfanos en la novela acaban convirtiéndose en bandidos (Relumbrón es también un huérfano, y aunque sepamos bien quiénes fueron sus padres, él nunca lo sabe). ¿Cómo podía ser de otro modo en una sociedad productora de hijos ilegítimos y donde las desigual-

dades sociales son monstruosas? La presentación que Payno hace de Relumbrón pone de manifiesto la riqueza increíble de ciertos miembros de las clases encumbradas, es más, no sólo la pone de manifiesto sino que la ostenta. Hay que convenir en que no hay exageración alguna en esta aseveración: el personaje utiliza su cuerpo como maniquí para exhibir las prendas que lo adornan, como si estuviesen expuestas en la vitrina de una joyería, prendas-emblema de su importancia. A mayor exhibición, mayor el prestigio de quien las porta: la riqueza es objeto de rumor, de conversación y al mismo tiempo y, extrañamente, algo completamente natural, nos lo demuestra otra anécdota relatada por la marquesa Calderón de la Barca; en ella describe el viaje que rumbo a la capital, después de desembarcar en el puerto de Veracruz, recién llegados de Europa, hace a la hacienda de Manga de Clavo junto con su esposo, el primer embajador de España en México después de la Independencia, y recorren la carretera de Veracruz a México, el camino del oro y de la plata, como lo bautizara Alexander von Humboldt, porque, durante la Colonia, era el destino obligado de las conductas cargadas de metales rumbo a la metrópoli. En esa hacienda reside Santa Anna en los breves intervalos en que, por razones políticas, desocupa la presidencia de su país. Los marqueses llegan a la hacienda justo a la hora del desayuno y la esposa del presidente los recibe graciosamente enfundada en un vestido de seda, recubierta de pies a cabeza con los más finos diamantes y las esmeraldas más vistosas. No es casualidad que la novela anterior de Payno lleve el título *El Fistol del Diablo*: su personaje principal es justamente Rugiero, el diablo, cuya prenda distintiva es un alfiler o fistol labrado en los más ricos metales, enriquecido con un enorme diamante amarillo, semejante a los que se engarzan en la platería de don Santos Aguirre, el compadre del coronel Yáñez. “¿No ve usted, compadre, le dice Relumbrón a quien en realidad es su padre, y además su socio, ¿no ve usted que es necesario mantener el aparato y la representación?” (Payno, 1991: 471). Sí, el padre de Relumbrón es un joyero, cae por su peso: el progenitor de un hombre tan brillante es necesariamente quien pule y monta los diamantes. Podríamos hasta jugar con una clásica expresión, la que afirma que si alguien o algo puede brillar y no brilla es porque es aún diamante en bruto: para que brille es necesario pulirlo, es más, en este caso el verbo adecuado sería tallar, es decir, un diamante en bruto se talla para realzarlo y darle un brillo deslumbrante: valga el pleonasma. Y esta expresión nos viene como anillo al dedo, porque el vicio

M. Glantz. *Los bandidos de Río Frío...*
Estudios 15:29 (enero-junio 2007): 73-93

primordial que afea el carácter de Relumbrón, y también el de su Alteza Serenísima don Antonio López de Santa Anna, es la pasión por el juego, en verdad la pasión nacional en la primera mitad del siglo XIX mexicano. Quienes presiden el juego son los talladores, los que tallan las cartas, semejantes a los orfebres que tallan los diamantes.

La alquimia del juego

Hacía diez minutos que había comenzado la talla. González tenía en las manos las cartas; el oro, manejado por los *gurrupiés* que pagaban y los puntos que recogían, dejaba oír ese sonido seductor que no se parece a ningún otro sonido del mundo. El canto de las aves, la voz de una cantatriz, el cristal, la plata, nada es comparable con las monedas de oro cuando al contarse con una mano diestra chocan unas con otras y van despertando las más lisonjeras ideas de los placeres y las comodidades que se pueden disfrutar con ese que algunos necios, y seguramente muy pobres, han llamado *el vil metal* (Payno, 1991: 462; subrayado en el original).

Payno nos cuenta cómo Relumbrón, casi arruinado por su desorden y su ambición de lujo, decide tentar su última carta, es decir jugar a la baraja y hacer quebrar al dueño del garito, gracias a un golpe casi milagroso de suerte. Viraje del destino o del azar, su ganancia es tan fabulosa —treinta y siete mil pesos, mientras la gente de buen vivir puede mantenerse con doscientos al año— su ganancia, repito, es tan enorme que, cuando gracias al azar del juego sube con el oro obtenido al carruaje que ha de conducirlo a su mansión, casi lo desfonda. Y al llegar a su casa ¡oh asombro! guarda su dinero en el ropero. La noticia de esta hazaña se difunde como reguero de pólvora y al día siguiente toda la ciudad conoce su fortuna y sin embargo nadie intenta robársela, a pesar de los violentos contrastes de miseria y riqueza, constantemente subrayados en la novela. Asombra esta familiaridad con el oro, metal que como digo se guardaba en los roperos, y no debajo del colchón, según la expresión vulgar: oro distribuido a diestra y siniestra, en escudos, en onzas, en gruesas cadenas, encima del tapete verde de la famosa casa de juego de Panzacola, situada en la calle que sigue llevando el nombre de Arenal, en el barrio de San Ángel, ahora sede, curiosamente, del Consejo Nacional de la Cultura y de las Artes.

El oro se desplaza con la misma rapidez con que los personajes se desplazan por la novela; su movilidad, signo de la transformación vertiginosa de la riqueza, es uno de sus rasgos sobresalientes. Daría la tentación de regresar a las crónicas de la conquista y especialmente a la de Bernal Díaz, releer los pasajes en que los embajadores de Moctezuma le ofrecen a Cortés objetos preciosos como muestra de respeto y deferencia hacia los recién llegados, con la evidente intención de que regresen a la costa, se embarquen de nuevo y vuelvan con sus naves o sus bártulos de donde habían venido; esos invasores que en cuanto reciben el oro lo examinan con admiración antes de proceder a describirlo en sus crónicas y sobre todo a fundirlo en gruesas barras, luego transportadas en pesados carruajes rumbo a los galeones que lo llevarían a la metrópoli, como parte del quinto real o, en raras ocasiones, en la forma en que había sido trabajado y entregado por los mexicas a los españoles, muestra indiscutible de la pericia y habilidad de los nativos del país para contrahacer, como entonces se decía, los objetos de la naturaleza, es decir, su pericia y arte para imitarlos con primor, mediante la orfebrería.

Mariana, la condesita, la madre del niño expósito, nos relata Payno, obligada por su padre a casarse con el marqués del Valle Alegre, recibe las joyas que éste le trae como regalo de boda y abre sin entusiasmo los cofres que las albergan. El novelista maravillado compensa hiperbólicamente su indiferencia (nota al margen, completamente folletinesca: no hay que preocuparse, Mariana guardará fidelidad eterna a su amado, el ahora capitán de bandidos, el falso Pedro Cataño, y la justicia poética del texto la recompensará, como esperan sus lectores, reuniéndola al final con su amado y con su hijo):

Las joyas y diamantes que Mefistófeles presentó a Margarita y que la sedujeron y condujeron a su perdición eran cualquier cosa comparadas con las que contenían las arcas maravillosas que el marqués tenía delante, como si las hubiera adquirido de las misteriosas cavernas de Ali Babá. En efecto, las familias ricas de los tiempos anteriores a la independencia y que generalmente se designaban con el nombre de *Títulos de Castilla*, iban en el curso de los años reuniendo tales preciosidades y rarezas en materia de diamantes, perlas, piedras preciosas y esmaltes, que con el tiempo llegaban a formar una especie de museo de un valor crecido, que representaba un capital bastante para que una familia viviese con descanso. Zafiros, peinetas

de carey incrustadas de oro, con labores y cifras y piedras, verdaderamente una colección maravillosa de adornos y combinaciones distintas para la cabeza, los brazos y para los vestidos [...] Aretes de gruesos diamantes negros, anillos de brillantes y rubíes, collares de esmeraldas, adornos de topacio quemado, aguas marinas y rosas [...] El marqués sacó de su bolsillo una cajita de una sola perla, ¡pero qué perla! Más grande que un garbanzo, perfectamente redonda, y un oriente que sin los cambiantes, era superior al de un ópalo (Payno, 1991: 299-300).

Payno agrega, en nota a pie de página:

Un joven inglés que comerciaba en alhajas compró, entre otras cosas, en el Montepío, una perla más gruesa que un garbanzo, casi como una avellana, en 1000 pesos, y la vendió en Londres, para la reina Victoria, en 1000 libras esterlinas. Esas alhajas pertenecieron a una de estas ricas familias de que se habla en esta novela (1991: 299).

La riqueza es tan extrema que sólo parece verosímil si se la compara con las maravillas narradas en los cuentos de hadas —al mencionar a Alí Babá Payno nos remite a *Las mil y una noches*— o al folletín *El conde de Montecristo*, por ejemplo, novela que él conocía muy bien. Lo más extraordinario: esa riqueza es verdadera, aún más, tangible, concreta, manejable, transportable, una presencia corroborada y resaltada en la nota de pie de página que he transcrito, donde se da cuenta de la distinta manera en que la riqueza se trataba en los imperios y en las colonias: ¿no era entonces Inglaterra la reina de los mares, y la reina Victoria, la soberana más poderosa de la tierra?

La ambición de Relumbrón sobrepasa cualquier expectativa de vida desahogada, o “descansada”, como de manera por lo demás curiosa señala Payno al terminar su hiperbólica enumeración de joyas, a menos que vida descansada quisiera decir una vida donde podría gozarse con tranquilidad de esas inconmensurables riquezas, sin desear obtener más, cosa que resultaría imposible para quienes se enriquecen. Relumbrón, poseedor de mansiones, haciendas, joyas, carrozas, trajes, no puede mantener el lujo al que aspira, esa colosal voracidad que todo se lo traga, esa impudicia que lo conduce a exhibirse, a cargarse de oro y de diamantes, a colorearse las mejillas y los labios y a teñirse los cabellos.

Don Santos Aguirre —su compadre, su socio, en fin, su padre— maneja otra teatralidad, la de la religiosidad, la abstinencia, la mortificación y la modestia, su casa es simple, sus enseres ordinarios, su único lujo es una virgen antigua albergada en un nicho de plata pura, como su cama, también de plata maciza, y su servicio de mesa, del mismo metal. Don Santos Aguirre es un magnífico orfebre, en su yunque y con sus instrumentos transforma los metales y las joyas robadas que primero una corredora, doña Vivianita, y luego su hijo-compadre le consiguen; en su taller las prendas cambian totalmente de dueño y de apariencia para ser revendidas más tarde a sus originales poseedores. Relumbrón y Don Santos alteran la circulación de la riqueza, estacionada durante mucho tiempo en las casas de las familias más pudientes y aristocráticas; gracias a esa operación, el oro se desplaza y se transforma en una sociedad en la que la nueva movilidad social altera las antiguas estructuras coloniales. Don Santos trata las joyas robadas de la misma manera en que los alquimistas trataban el oro, las convierte en piedra filosofal.

En México sigue imperando esa polarización, la de la miseria y la riqueza extremas, han cambiado las maneras de almacenar la riqueza, guardada en las cajas de caudales de los bancos. En los tiempos paradisíacos resucitados por Payno, la riqueza se almacenaba dentro de las casas, donde a lo sumo se contaba con un espacio frágil y secreto que resguardaba las prendas más preciadas, además del oro, entonces, la moneda corriente, secreto que conocían todos los miembros de la familia, dentro de la cual se contaba a los mayordomos y criados de confianza. Las damas paseaban en coche y sus pechos, cabeza y manos iban cuajadas de joyas y sus vestidos eran de los más finos géneros. Casi podría decirse utilizando un símil vulgar, que las joyas estaban engarzadas en la pobreza.

Oigamos otra descripción de Payno; se refiere a los indios que habitan cerca de la ciudad de México, realza la otra cara de la moneda:

A poca distancia de la garita de Peralvillo, entre la calzada de piedra y la de tierra que conducen al santuario de Guadalupe, se encuentra un terreno más bajo que las dos calzadas. Sea desde la garita o desde el camino, se nota una aglomeración de casas pequeñas, hechas de lodo que más se diría eran temascales, construcciones de castores o albergue de animales, más que seres racionales... (1991: 8).

No deja de ser curioso saber cómo vive en las orillas de la gran ciudad esta pobre y degradada población. Ella se compone absolutamente de los que se llamaban *macehuales* desde el tiempo de la Conquista, es decir, los que labran la tierra; no eran precisamente esclavos, pero sí la clase ínfima del pueblo azteca que, como la más numerosa, ha sobrevivido ya tantos años y conserva su pobreza, su ignorancia, su superstición y su apego a sus costumbres [...] Unos con su red y otros con otates con puntas de fierro, se salen muy tempranito y caminan hacia el lago o hasta los lugares para pescar ranas. Si logran algunas prendas las van a vender a la plaza del mercado, si sólo son chicas, que no hay quien las compre, las guardan para comerlas. Otros van a pescar *juiles* y a recoger ahuaute, las mujeres que por lo común recogen *tequesquite* y mosquitos en las orillas del lago, y los cambian en la ciudad, en las casas, por mendrugos de pan y por venas de chile. Las personas caritativas siempre les dan una taza de caldo y unas piezas de cobre (1991: 9).

La utopía del robo

Relumbrón, abandonado por la fortuna o quizá demasiado confiado en ella, tiene que remendar su suerte, porque la estructura de su riqueza es un tejido grosero, se rige por una filosofía que consiste en “tapar agujeros”. Antes de dirigirse a Panzacola, “para probar fortuna”, Relumbrón se encuentra milagrosamente a su amigo el coronel Baninelli, soldado valiente y honrado (otro garbanzo de a libra), que nunca asciende en el ejército ni tiene fortuna, por lo que puede servirle a nuestro pícaro como antídoto contra la mala suerte. Y en efecto, acompaña a Baninelli Moctezuma III, el supuesto heredero de las riquezas de los emperadores aztecas, quien ya en la sala de juego sólo le apostará a las figuras, pálpito o corazonada que hará rico por un instante a Relumbrón. Antes de ese encuentro fortuito, está al borde de la quiebra:

Por todo capital efectivo le quedaban veinte onzas y un par de cientos de pesos que había dejado en su casa para el gasto. Relumbrón sin embargo tenía casas en México, una hacienda, una huerta en Coyoacán, la casa que había cedido a Baninelli en Chimalistac y muchos otros negocios, y ganaba

dinero por aquí y por allá; pero al mismo tiempo hacía cuantiosos desembolsos: pagaba libranzas por objetos comprados a crédito; sostenía tres casas con lujo; prestaba a los amigos y no les cobraba, hacía frecuentes regalos a los personajes influyentes; en una palabra, ningún dinero le bastaba, y desaparecía de sus manos como si un prestigitador se lo quitase en uno de sus pases de destreza. No tenía orden ni contabilidad, un dependiente le llevaba meros apuntes en un libro de badana encarnada, y eso cuando estaba de humor de darle los datos. Lo que sí llevaba con mucha puntualidad era un registro, que cargaba en su bolsa, de la fecha en que debía pagar las libranzas que había aceptado (1991: 459).

Relumbrón gasta su nuevo capital en rellenar agujeros, es decir en pagar deudas viejas y en contraer nuevas, y una vez hecho el balance, advierte que aún debe alrededor de doce mil pesos: “Eran para su situación, no un simple agujero, sino un ancho boquete que tenía urgencia de cerrar, pues de lo contrario podían irse por allí su fortuna y su crédito” (Payno, 1991: 474). Ese inmenso boquete por el que puede escurrirse su fortuna, arruinando su *modus vivendi* y su reputación, abre una nueva etapa en la vida de nuestro personaje, una etapa en donde el viejo desorden que regía su conducta se cancela para substituirse por un orden preciso, perfecto, envidiable, necesario si quiere instrumentarse una organización ejemplar, la que sostiene a una utopía, la del robo: una intrincada red de ojos y orejas penetrará en los más secretos rincones de la ciudad, de sus mansiones, vigilará las carreteras y el tráfico de diligencias, ya amagadas por Evaristo, convertido en asaltante de caminos y nombrado inocentemente por Baninelli capitán de rurales para escoltar las carreteras, bajo el falso nombre de Pedro Sánchez. También se fabricará moneda falsa, se asaltarán las haciendas y las diligencias, se robará en las casas y se desmontarán los garitos con cartas compuestas. Relumbrón da cuenta de su plan a su compadre, el platero, quien se encargará como siempre de transformar las alhajas robadas y de falsificar la moneda. Oigamos sus palabras, podemos acercarnos, pues como muy bien dice el refrán “las paredes oyen”, justo lo que hace en este preciso momento Rafaela la cocinera de don Santos, quien después le revelará a don Pedro Martín de Olañeta los intrínquilis de la conspiración. Relumbrón explica su plan y también plantea sus justos motivos para organizar el régimen del robo, que al fin y al cabo en su país todos son unos ladrones (“La

mitad de todos los habitantes de este país ha nacido para robar a la otra mitad y esa mitad robada, cuando abre los ojos y reflexiona, se dedica a robar a la mitad que la robó, y le quita no sólo lo robado, sino lo que poseía legalmente” (Payno, 1991: 505):

Estamos hablando sin máscara, y la máscara de la honradez es la que usan de preferencia los que más roban. ¿Cree usted que no soy el primero que roba a la nación? Por una hora de asistencia diaria a palacio, y una guardia cada quince días, trescientos y pico de pesos cada mes... así son la mayor parte de los militares y empleados. Un oficio mal redactado y que no pasa de una cara de papel suele costar a la tesorería sesenta o setenta pesos, porque el escribiente no hace más que eso en un mes, o tal vez nada. Y de los que se llaman banqueros, y de los que el público señala con el apodo de agiotistas, ¿qué me dice usted?, ¿cree usted que esas fortunas de millones se pueden hacer en ninguna parte del mundo con un trabajo diario y honesto como el de usted, que se ha pasado dando golpes con el martillo y se ha enriquecido, pero se le han doblado las espaldas?, ¿qué le ha producido a usted más; las custodias y los cálices que ha hecho para la iglesia o el rescate de diamantes y de plata robada? (1991: 508).

La justificación permite pasar al acto, aunque cabe anotar que en este párrafo Payno se enmascara detrás de la máscara que Relumbrón se quita y explica la situación general del país en tiempos de la anarquía, aunque también, en los tiempos porfirianos en que escribe su novela, o como diría o reitera Carlos Monsiváis, en el país que ahora estamos viviendo (“Manuel Payno, novela de folletín”, en Glantz, 1997: 241-252). ¿Cómo se urdirá la gran red que paradójicamente carecerá de agujeros? Démosle de nuevo la palabra a Relumbrón; nos explicará cómo ese tejido permitirá una impunidad total al tiempo que construirá la más aceitada y perfecta maquinaria:

Se lo explicaré mejor, (compadre). Usted conoce mi buena posición en la sociedad; las muchas relaciones que tengo con las personas más distinguidas de la ciudad y de los estados; el respeto que inspira mi casa, gracias a la conducta irreprochable de mi mujer; tengo además, dinero, aunque no lo bastante para mis propensiones al lujo, al brillo y a la elevación que

deseo; pero pase por ahora; con todas esas circunstancias ¿quién podrá creer en México ni en ninguna parte donde me conozcan que soy capaz de robarme un alfiler, como nadie creerá que usted, compadre, rescata por un pedazo de pan alhajas robadas de gran valor y estimación, y que usted mismo me ha vendido en lo que se le da la gana? Con que ya ve usted que lo primero y lo esencial, que es la impunidad, está asegurada, y tampoco vaya usted a figurarse que voy a ensillar mi caballo y a lanzarme al camino real a detener a las diligencias, ni a salir por las noches puñal en mano a quitar el reloj a los que salen del teatro y se retiran por los rumbos lejanos y mal alumbrados de la ciudad; nada de eso; el robo se hará en grande, con método, con ciencia, con un orden perfecto; si es posible, sin violencias ni atropellos. A los pobres no se les robará, porque un pobre nada tiene que valga la pena molestarle, y en segundo, porque eso dará al negocio un cierto carácter de popularidad, que destruirá las calumnias e injustas persecuciones de los ricos que sean sabios y regularmente desplumados. Yo seré, pues, el director, pero un director invisible, misterioso, y manos secundarias, que ni me conocerán ni sabrán quién soy, ni donde vivo, darán aquí y allá los golpes según se les ordene y las circunstancias se presenten, y así marcharán las cosas en los diversos ramos que abraza este plan (Payno, 1991: 509).

País de abundantes recursos, de maravillas naturales, de vasto territorio casi sin explorar ni explotar, poblado de gente emprendedora, y sin embargo país sujeto a exacciones internas e internacionales. ¿Cómo se compagina para Payno esta utopía del robo, organizada y fructífera, con las grandes carencias y las grandes deudas que aquejan al país y que lo van despojando poco a poco de sus caudales? Lo que se busca y se encuentra y además se roba porque cambia de manos y circula libremente es tan pródigo como parecía serlo el mismo país que aquí se nos describe. ¿Cómo justificar entonces las deudas contratadas con otras potencias, esas potencias que invaden y amenazan con constancia inigualable al país durante el período en que se gesta la novela y se organiza el robo? Vuelvo a nombrarlas, la Guerra de los Pasteles, la más ridícula de nuestras guerras, la más folletinesca, la causada por una deuda por daños a ciertas pastelerías instaladas en el país por los franceses, deuda que le da licencia a su gobierno para amenazar con sus barcos las costas de Veracruz,

y le regala a Santa Anna la oportunidad de convertirse en héroe, esa guerra en donde a cambio de unos pasteles se entrega como saldo una pierna. Y luego las inmensas deudas que Payno ayudó a disminuir, deudas millonarias que ocasionarían la tripartita invasión de México por las potencias aliadas: Francia, España, Inglaterra, guerra parcialmente resuelta: por breve tiempo la República se convertirá en Imperio.

Debajo de todo el tramado, muy escondidos, mucho más enmascarados aún que Relumbrón y sus secuaces están los agiotistas, los financieros, los banqueros que piden los empréstitos o que los proporcionan para acumular las deudas, tanto la interna como la externa⁴. Terminó este texto pues corre el peligro de parecerse a un libelo, a un pasquín, o a la realidad que reviste la forma del folletín y en cuyos excesos una (o uno) cae también, sin casi darse cuenta. Remato con otra cita de Payno. Pensaba de nuevo Relumbrón, antes de construir su utopía y quizá inspirado por ellos:

Pensaba en ese puñado de ricos que el público llama agiotistas, y le daba una rabiosa envidia la facilidad con que ganaban su dinero y el rango que ocupaban en la sociedad, formando una autocracia desdeñosa y egoísta, incapaz de hacer un servicio a nadie, ni aun de dar medio real a un ciego. Era un contrato de balas huecas, de tiendas de campaña, de fusiles de nueva invención, de cualquier cosa, y antes de que esos proyectiles se hubiesen entregado o los mercados construido, ya las cajas de fierro de los agiotistas, por este o por el otro artificio, estaban llenas de los sacos de a mil pesos salidos de la Tesorería [...] (Payno, 1991: 494).

Notas

- ¹ Cf. el artículo de Andrés Lira, "Propiedad e interpretación histórica en la obra de Manuel Payno" (en Glantz, 1997: 1123-133).
- ² Para una lectura de estos temas, personajes y escenas, ver mi artículo "Huérfanos y bandidos" (en Glantz, 1997: 221-237).
- ³ La primera edición de esta obra se publicó sin nombre de autor y con el pseudónimo de Un ingenio de la corte, en Barcelona en la casa editora Juan de la Fuente Parres (s.f.); en 1918 se reeditó en México en las ediciones Manuel León Sánchez, corregida por los descendientes de Payno. El filólogo Manuel Sol ha hecho una

nueva edición cotejando las que de Payno existen y nos devuelve a la primera que he citado, edición más descuidada en cuanto a lenguaje, pero la única que corrigió Payno. Los manuscritos de esta obra fueron destruidos por las tropas revolucionarias que entraron a la casa de San Ángel del autor.

⁴ Consultar sobre este tema: Tenenbaum (1985).

Bibliografía

- De Castro, Tomás y Antonio Alvarado (1987) Prólogo a *Extracto de la causa formada al ex coronel Yáñez y socios por varios asaltos y robos cometidos en despoblado*. México: Ediciones hispánicas, p. V. (Folleto asimismo publicado también por Enrique Flores: México, INBA-UAM, 1988.)
- Duclas, Robert (1979) *Les bandits de Río Frío, Politique et littérature au Mexique à travers l'oeuvre de Manuel Payno*. París: Institut d'Amérique Latine.
- Glantz, Margo, coord. (1997) *Del fistol a la linterna. Homenaje a José Tomás de Cuéllar y Manuel Payno, en el centenario de su muerte*. México: UNAM.
- Pacheco, José Emilio. *Inventario*: "Bandidos de ayer y hoy". *Proceso*. 441, abril 1985, p. 53.
- Payno, Manuel (1991) *Los bandidos de Río Frío*. México: Porrúa.
- Tenenbaum, Barbara (1995) *México en la época de los agiotistas, 1821-1857*. México: Fondo de Cultura Económica.